

Así los grandes hombres del Renacimiento prestaban un verdadero servicio, cuando, al estudiar los tiempos antiguos, al inquirir sus obras literarias y científicas, al resucitar sus sábias lenguas, demostraban que la eterna revelacion no podia contenerse en una sola dogmática y que los reveladores no podian ser tan solo estos ó los otros sectarios, sino en cierto grado y en cierta medida todos cuantos han contribuido á traer un átomo de la eterna verdad á la conciencia, un reflejo de la divina hermosura á la tierra. Todos ellos, resucitando las sociedades antiguas, rehaciendo la vida universal, reanudando el hilo de la historia, daban al hombre una idea mayor de sí mismo, y dando al hombre una idea mayor de sí mismo, engrandecian y elevaban en la conciencia humana la idea verdadera de Dios. ¿Quién no admira aquel Rodolfo Agrícola, verdadero revelador de las bellezas antiguas de Grecia y de las bellezas modernas de Italia, en la nebulosa Germania? ¿Quién no reconoce los servicios prestados por Ecolampadio en el cultivo así del griego como del latin? ¿Quién no ve en Camerario, prelado de Worms, uno de los mas diligentes restauradores de las letras? El mundo admira todavía los talentos de aquel Reuchlin que, siendo muy mozo, á instancias de Argirópulo, improvisó una magnífica arenga, explicando los méritos y los textos de Tucídides. En alas de este ingenio soberano la Grecia antigua pasó los Alpes é iluminó con su luz inmortal y vivificadora los nebulosos horizontes de Alemania. Nadie copió, como él, en su tiempo, los caracteres griegos; y nadie, como él, tradujo y comentó y reveló á los clásicos autores de la hermosísima antigüedad helénica.

Pero, en verdad, siempre que se trata del Renacimiento germánico, hay que volver los ojos al hombre, á quien describimos en estas líneas, hay que volver los ojos al holandés Erasmo, no porque los literatos le consultaran, no porque los Reyes le oyeran, no porque tres ó cuatro correos venidos de tres ó cuatro imperios aguardaran constantemente sus cartas á la puerta de su modestísima casa de Basilea, no porque los primeros perfeccionadores de la imprenta aguardaran las pruebas de sus obras y las recorrieran todos los dias, no porque improvisara sobre materias innumerables aquellos artículos y aquellos tratados que tenian algo de la ligereza y de la gracia y de la prontitud y de la variedad de nuestros periodistas contemporáneos, no por todas

estas raras ventajas y cualidades, sino por haber comprendido, antes que nadie, en Europa, cómo una sociedad nueva, que doblaba el espacio con los descubrimientos de América y de Asia, que doblaba la vida con la resurrección de Atenas y de Roma, que poseía un instrumento como la prensa, que acababa con un régimen como el feudalismo, había menester para alcanzar la verdadera grandeza, una reforma religiosa, la cual, sin herir lo esencialísimo al dogma, destruyese tantas supersticiones como habían adulterado y pervertido los presentes y las revelaciones del cielo. Hay más de una analogía entre la obra inspirada de Savonarola y la obra reflexiva de Erasmo. Salvar el catolicismo por la reforma de las costumbres en el pueblo y en el clero, por la reforma de los cánones, de las instituciones, y de la disciplina, quería Savonarola; salvar el catolicismo por la erudición, por la ciencia, por una alianza con las letras antiguas, por una renuncia á las supersticiones más arraigadas, quería vivamente Erasmo. La diferencia está en las complexiones distintas, en los caracteres opuestos, en las tendencias contradictorias, en los entendimientos de todo en todo diversos. Pero el fin de su obra y de su vida resulta en ambos á dos idéntico. El uno lo busca por el éxtasis y el otro por la razón; el uno por los arrebatos y el otro por las meditaciones; el uno por los milagros y el otro por los argumentos; el uno se acuerda siempre de los demás y nunca de sí mismo, el otro, para dirigir á los demás, se acuerda solo de sí: por tanto Savonarola resulta en la historia un profeta y un mártir, mientras Erasmo un erudito y un egoísta. Pero Savonarola y Erasmo tienden desde las alturas, á donde los ha elevado su genio, los brazos á la Iglesia, y le ofrecen ó la ciencia ó la libertad, ó las letras ó las democracias, ó la República cristiana ó el Renacimiento literario, para defenderse y para salvarse. Erasmo representa en el movimiento religioso la prevision que precave; la astucia que husmea; el frío juicio que medita; la imparcial advertencia que conmina sin acritud; la severa lógica que busca el enlace de los efectos con las causas y de las consecuencias con los principios; la moderación que concilia tendencias opuestas; el exámen que desecha lo pernicioso y encuentra lo saludable; todo cuanto, hasta entonces, hubiera podido salvar á la Iglesia, antes de que estallara la inevitable tempestad y viniera el irremisible naufragio. Mas, con todas estas cualidades, sobrábale una cosa, su excesiva ironía; faltábale otra, la fe creadora. Aquel

hombre no sabía amar como aman los redentores, no sabía sufrir como sufren los mártires, no sabía enardecer por tanto como enardecen los profetas. Su elocuencia sábia, correcta, magistral, carecía del fuego de las pasiones, únicas que tienen las virtudes generadoras de obras duraderas en la sociedad y admirables en la historia. Era el término medio incoloro, la vaguedad ecléctica, la cortesía diplomática, la erudición clásica, la doblez completa; no era la fe, no era la abnegación, no era el sacrificio. Por eso, cuando os acercáis á él, sentís el frío que al tocar el mármol; mientras en presencia de Savonarola, sentís la hoguera interna en que ha ardido su alma y la hoguera externa en que ha muerto su cuerpo. Y por eso, comprendéis cómo la obra de Erasmo ha fracasado, al paso que no podéis comprender por qué la obra de Savonarola no ha prevalecido. La fe, la abnegación, la grandeza, la vehemencia, las pasiones todas del monje italiano debieron ser más fecundas, mientras la duda, la indiferencia, la frialdad, la ironía de Erasmo debían quedar estériles: que el escepticismo no tiene ni hijos ni mártires.

Da tristeza el contemplar los últimos días de este hombre, su mano tendida siempre como para pedir limosna, sus pensiones mal pagadas y perdidas entre las infieles mañas de administradores y de intendentes, toda suerte de enfermedades sobre su cuerpo débil, toda suerte de zozobras sobre su alma atribulada, la soledad y el abandono en que al fin y al cabo cae siempre el egoísmo, la incertidumbre así para escoger el lugar propicio á su vida como el lugar digno de su muerte, no queriendo ni pasar por un puro ortodoxo ni pasar por un innovador y por un revolucionario. Sin embargo, ha combatido en esta su existencia llena de perplejidades dos plagas que afligian entonces á la Iglesia; el exceso de supersticiones monásticas y el exceso de reacción pagana; y ha defendido al mismo tiempo dos principios saludables, la filosofía cristiana que razonaba el dogma y la vuelta á los tiempos evangélicos que purificaba las costumbres. Ningún crítico ha zaherido con tanta crueldad, ninguno, los hábitos paganos de la Roma de su tiempo y las imitaciones serviles de los predicadores pontificios, conocidos con el nombre de ciceronianos, los cuales no usaban en sus discursos latinos palabra alguna que no estuviese en Cicerón contenida. Y como no usaban palabra alguna que no estuviese en Cicerón contenida, proscribían el nombre de Cristo, comparaban á

Julio II con Jupiter olímpico, traian á cuento Sócrates ó Aristides, pero jamás los santos, Curcio ó Régulo, pero jamás los mártires; y á Dios le llamaban óptimo, y á la Iglesia Asamblea, y á la herejía faccion, y al cisma sedicion, y al obispo presidente de las provincias, y á las excomuniones interdiccion del agua y del fuego, y al colegio de cardenales senado de padres conscriptos, y á la vida eterna y á la comunion de los bienaventurados sociedad de dioses inmortales. Realmente, si la Iglesia le hubiera oido, admitiera un poco mas la razon en sus dogmas, la ciencia en su teología, el evangelio en su moral; y desechara tantas y tantas supersticiones como atraian sobre ella el rayo asolador de una revolución inevitable. Mas, para hacerse oír, para impulsar, para mover, faltábale el motor de los motores, faltábale el divino y sacrosanto entusiasmo. Seméjase en todo á Voltaire, en la ironía, en la gracia, en el ingenio, en la ligereza, en la universalidad de conocimientos, en el gusto por la polémica, en la tolerancia filosófica y religiosa, en la iniciativa tomada para traer una revolucion cuyas consecuencias asustaban al uno y al otro; poco amigos del movimiento y del ruido, que engendraban con sus propias palabras y muy amigos de los Reyes y de los Papas, á quienes combatian y denigraban en sus respectivos apostolados y en sus incansables propagandas. Por esto Voltaire, que destruye la sociedad antigua, no comprende á Rousseau que trae la sociedad nueva, como Erasmo, que destruye la religion antigua, no comprende á Lutero, que trae la nueva religion. Mas uno y otro, Lutero y Rousseau, tienen las exaltaciones, los delirios, los arrebatos, los impulsos heróicos, los desmayos y las flaquezas, los ataques nerviosos, las inspiraciones súbitas, los desarreglos intelectuales, y las vocaciones extraordinarias que distinguen á todos cuantos inician una nueva idea en la conciencia humana y abren una nueva edad en la historia.

CAPÍTULO V

ROMA É ITALIA BAJO LOS PONTIFICADOS DE JULIO II Y LEON X

Si Pio II y Sixto IV y Alejandro VI son los Papas, que mas poderosamente influyen por su religion y por su política en la vida tormentosa de Jerónimo Savonarola; Julio II y Leon X son los Papas, que mas poderosamente influyen, á su vez, en la vida, no menos tormentosa, de Martin Lutero. Imposible, completamente imposible, conocer la direccion que toman las ideas y las acciones de los dos grandes monjes revolucionarios, sin conocer antes los Papas, á quienes combaten y con quienes empeñan tan trágicos conflictos. Uno de los principales caracteres, que ostenta en este tiempo el Pontificado, su principal ciertamente, puede resumirse en una fórmula, á saber: disminucion del poder espiritual sobre las conciencias, disminucion todavía mayor del poder político sobre las potestades; pero aumento de su patrimonio territorial. Unos Papas, como Inocencio VIII, Paulo II, Alejandro VI, Sixto IV, querian este aumento territorial para su familia, para sus hijos ó sobrinos; y otros Papas querian este aumento territorial para el poder del catolicismo y para la gloria y el esplendor de su Iglesia. Entre estos últimos, descuella el inflexible, el incontrastable, el fuerte, el enérgico Julio II, en quien debemos ver al Papa que supo fijar verdaderamente la monarquía territorial del Pontificado católico. Nacido de bien baja extraccion, nunca olvidó la humildad de su origen; y túvola por signo de que, en sus vocaciones y en el cumplimiento de estas vocaciones, habia puesto Dios algo de su voluntad y de su providencia. Así contaba á todo el mundo cómo, en su niñez, habia mil veces tripulado á remo